BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

ASENJO SEDANO, Carlos.
El Ánima del Maestre.

La figura excepcionalmente controvertida de don Pedro de Mendoza y los azares sobrehumanos de su gesta mayor, la primera fundación de Buenos Aires, es el tema de *El ánima del maestre,* segunda novela de Carlos Asenjo Sedano, historiador insigne y la máxima autoridad existente en asuntos de historiografía accitana, de lo que da fe sus no menos de veinte volúmenes, tanto monográficos como miscelánicos. Las excelencias, sin embargo, de la presente obra atañen tanto a la historia como a la literatura; es más, puestos en el dilema de escoger hacia dónde escora en razón a su género de novela histórica, no cabe duda que sus méritos literarios excederían a los estrictamente históricos, con ser el máximo especialista actual de aquel polémico acontecimiento, el cual, aparte de innumerables cronistas e investigadores, movió la pluma de escritores como Enrique Larreta *(Santa María del Buen Aire)* o el propio Borges, en su relato *El hambre,* inserto en *Misteriosa Buenos Aires.*

El retorno de aquella aventura fallida, con un Pedro de Mendoza maltrecho y agonizante, desencantado y empestado a bordo del galeón Magdalena rumbo a España, es el momento escogido por Asenjo para situar el eje narrativo de su novela. Constituida en fragmentos, y vertebrados éstos en catorce capítulos o secciones, los episodios, partiendo de lo simultáneo a aquella empresa, indagan en los acontecimientos del pasado biográfico del Adelantado don Pedro. Entonces, la novela se presenta como un friso o *travelling* mantenido, de la vida apasionante de este hombre. Dos factores se presentan como coadyuvante: la presencia permanente de su amante y esposa doña María Cohen, de linaje judío, y la sólita pregunta: *"¿qué me queréis, señor?",* que peridódicamente ésta le formula y que actúa tanto de *leit motiv* como de acicate impulsor de la enjundia novelesca.

Quiero destacar, antes que nada, que el estilo de Carlos Asenjo, es por lo *sui generis,* completamente inusual y sorprendente entre todos los escritores actuales de novela histórica en castellano. La razón de esto es muy simple: lo que Asenjo sabe, tanto de historia como *también* de literatura, lo ha aprendido en los archivos. Media vida se ha dejado entre legajos, pocas veces antes de él abiertos. El resultado es, por lo que a la historia respecta, una certidumbre abrumadora en los datos, que maneja de primera mano siempre; y por lo que a literatura compor-

ta, que es lo que en esta ocasión nos interesa, una atmósfera no ya de verosimilitud, sino de verdad misma, ya que el autor toma sus vocablos y peculiar sintasis de los documentos de aquel tiempo. Tanto es así, que a uno asalta la impresión de que, quien escribe con tanto rigor en la lengua de aquel tiempo, difícilmente puede articular en propiedad la propia lengua de su época: quiero decir, no hay aquí probaturas ni experimentos. Se habla como en el siglo XVI (con ortografía modernizada, claro está, y no por entero en razón de acentos). Quiero decir: ésta es una novela totalmente impregnada por el espíritu de aquella época. Lo singular en Carlos Asenjo es que escribe desde dentro de la historia hacia fuera, porque él sí está apostado, impostado, por propia vida, en la época de la que registra acontecimientos. Es un proceso inverso a la mayoría de los cultivadores del género, al presente. El lector sensible ha de quedar apresado por una magia que, mal que paradójica, es verdadera: esto es, real, no fingida literariamente. No hay copia del natural, es el natural mismo lo que en estas páginas se nos ofrece.

Esta aventura fallida, sin embargo, de los acontecimientos que dieron lugar a la empresa más formidable que aportó el reino de Granada al Nuevo Mundo (junto, quizá la protagonizada por Jiménez de Quesada), se presenta marcada por un sesgo peculiar o, lo que es lo mismo, revelada desde una nefasta circunstancia. Ésta fue el asesinato del maestre de campo Juan Osorio, por causas no del todo aclaradas, ni declaradas: por conjura, oficialmente; por celos y envidia, en lo privado. Lo cierto es que el brutal crimen de este hombre gallardo y valeroso, aunque de cortas luces y nula discreción y prudencia, proyecta un innegable maleficio a la empresa. Hay, por tanto, un *fatum* que se erige en fuerza rectora de la obra, como reflejo de lo que verdaderamente pasó: habladurías y malestar general que, agravados por el infortunio y la hambruna terrorífica, explican en buena parte el fracaso histórico de aquel acontecimiento. Este maleficio del ánima del maestre, además de prestar título y contenido, se complica, en segunda instancia, por el hecho de incurrir esta gesta en carácter heterodoxo: en efecto, gran parte de la nómina de los enrolados son judíos conversos (entre ellos un hermano de Santa Teresa). Es cuando la acción se enriquece con una reflexión moral y sociológica. La lucha de castas se impone entre los integrantes de aquella expedición, bien que de modo subyacente. Nos encontramos con una reproducción exacta, a escala menor, de España en lo que Castro llamó *la edad crítica.* La sensibilidad de Asenjo Sedano para mostrarnos este conflicto desde dentro, con naturalidad suma, sin resabios partidistas, es uno de sus mayores logros.

Como la sintonía, diríamos personal, entre el escritor y su protagonista: ambos accitanos, ambos en edad provecta, ambos de vuelta de muchas cosas y tal vez desencantados de su propio país y tiempo. De no haberse dado esta circunstancia extraliteraria, acaso la novela no poseyera su enorme sugestión. Sobre el Adelantado, además, planea el misterio de su origen. Su genealogía ilustre, como perteneciente a la familia más noble de la época, presenta una sombra que aún hoy está por despejar. Pero, de todas formas, el hecho de que su abuela paterna fuese con toda probabilidad judía, explica el menosprecio a que se vio sometido por los demás miembros de tan poderoso clan.

Asenjo Sedano, finalmente, al situar la novela en tan dilatada travesía de retorno, parece incidir en el símbolo de la incertidumbre humana, con un referente del mar como destino y un navío como significante de la voluntad y libertad individuales. Esta sensación de infinitud y duda se acrecienta con sus obsesivas reiteraciones, su morosidad y ritmo recurrente. Lo mismo, en otro parámetro, se significa en el mejor y más logrado, a mi parecer, de todos sus episodios: el saco de Roma por los imperiales en 1528. Don Pedro estuvo allí, con la guerra como destino y la ira como voluntad y libertad. Son tan lúcidas estas páginas, poseen una fuerza tal de convicción, tanta inmediatez y soltura, que es imposible no sospechar que el autor estuviese *también* allí. Pero la justificación de esta conjetura no pertenece ya al género de la crítica literaria.

Antonio Enrique